

La mitad de los presos toxicómanos tiene familiares que consumen droga

P. SIMON

MADRID.- Un tercio de los reclusos drogodependientes sufre patologías mentales severas, más de la mitad tiene familiares que también son consumidores, el 82% tiene hepatitis y seis de cada 10 se queja de la asistencia letrada que les ha caído en gracia. Toxicómanos entre rejas. Cautivos por dentro y por fuera. Malvenidos a la cárcel dentro de la cárcel.

La Unión de Asociaciones y Entidades de Atención al Drogodependiente (UNAD) se metió en ocho centros penitenciarios, dejó sus preguntas entre los adictos y le salieron 1.039 personas respondiendo, colgadas a oscuras, pidiendo luz. Hágase.

El trabajo se denomina *Drogodependencias y prisión: situación de las cárceles españolas*, recomienda entre otras cosas que se suspenda la condena a quienes estén en tratamiento y pone sobre la mesa las ci-

fras de la epidemia, léase, de los algo más de 60.000 reclusos que hay en España, 48.000 tienen problemas con las drogas.

Así es el prototipo de persona encarcelada drogodependiente en nuestro país: 34 años, varón español, sin estudios y con antecedentes penales, con algún familiar encajado...

En siete de cada 10 casos es el hermano el consumidor; una cuarta parte de los encuestados reconoció que su pareja tiene el mismo problema; la figura del padre toxicómano alcanza al 18,2%; la de la madre, al 6,1%.

Hablamos de una población reclusa entre la que sólo el 11,4% tuvo permisos de salida el último año, donde más de un tercio no tiene estudios y casi la mitad cursó únicamente enseñanza primaria, y donde las afecciones son como los arbustos en un bosque mal cuidado, aquí y allá, avanzando y cubriéndolo todo.

La mitad de los internos toxicómanos tiene enfermedades asociadas a su consumo, tan accesible dentro de la cárcel como fuera. El 37,2% de los presos es portador de anticuerpos del VIH, uno de cada 10 tiene tuberculosis y el 8,5% duerme y se levanta con el sida.

Los autores del informe no reclamaban ayer romper cadenas, ni tan siquiera repartir limas entre las celdas. Para la UNAD la dignidad allí dentro podría empezar por «asegurar que las personas privadas de libertad puedan acceder a los mismos programas de tratamiento de drogodependientes que hay fuera de prisión», podría seguir por «adscribir el personal sanitario de los centros penitenciarios al Sistema Nacional de Salud» y, finalmente, podría terminar por dejar que los enfermos terminales vayan a morir a casa, lejos de ese ataúd de sirenas, cerrojos y hormigón donde se les entierra en vida.